



Galardonada con el gran premio del Saló del Còmic de Barcelona y dueña de una sólida reputación en Europa, **Ana Miralles** decide acercarse al público infantil a través de la historia de una cría de oso en el Ártico.

Escribe el álbum **Emilio Ruiz**, el guionista con quien emprende sus proyectos más personales (*El brillo de una mirada*, *Muraqqa*, *De mano en mano*) y quien extrae las mejores cualidades de la dibujante. Sin duda, es el que sabe obtener la faceta más humana y sutil de los personajes que aborda.

Y podemos hablar de *humanidad*, sí, aunque el protagonista de *Wáluk* sea un plantígrado, porque el dúo adopta la eficaz y establecida fórmula de otorgar voz y pensamiento a los animales para conseguir una exposición más clara y una mayor empatía con el lector, factores esenciales tratándose de un público infantil.

Wáluk es un oseño abandonado por su madre que conoce a un oso viejo y cascarrabias, con quien aprenderá los secretos de la vida en el polo: la caza, el entorno y la relación con sus congéneres, con el resto de las especies y, sobre todo, con el mundo de los humanos, imprevisible y cruel.

Aderezado por un suave humor, bajo la apariencia de la aventura y el evidente mensaje ecologista, el guion habla de temas universales como el aprendizaje vital, la tercera edad o las reglas implacables de la naturaleza. También del contraste entre el valor de la experiencia y el impulso de la ingenuidad, a la vez que

pone de relieve la degradación y contaminación de las tierras árticas y sus habitantes. En este sentido, la obra ejercita con elegancia y eficacia una función didáctica nada desdeñable, necesaria incluso, en una historia apta para todos los públicos, pero que no suaviza la realidad, aunque también evite el tremendismo.

Consecuente con el tono del guion, el grafismo se aleja tanto del estilo *cartoon* que suele caracterizar al género como del aséptico documentalismo. Miralles emplea un dibujo naturalista que permite describir una realidad palpable, pero sin obviar el necesario punto de irrealidad, ese grado de magia y ternura que hacen de un animal parlante algo verosímil.

La ambientación es impecable y el formato horizontal propicia el protagonismo de los grandes espacios naturales. Capítulo aparte merece el color, por supuesto, tanto a efectos estéticos como denotativos, con momentos puntuales de protagonismo total, como la explosión cromática a doble página cuando el pequeño protagonista evoca al dios primigenio de los esquimales (¿una encarnación de la madre naturaleza?). Por lo demás, obviamente predomina el blanco: no solo del paisaje, la piel del oso o el brillo del sol, sino de la pureza de unas tierras vírgenes y las criaturas que las habitan.

Wáluk, en fin, mantiene un difícil equilibrio entre vitalidad, verosimilitud y fantasía. Sus personajes son osos reales, pero a la vez seres capaces de transmitir emociones e inquietudes. Se trata de un producto muy cuidado, especialmente indicado para los más jóvenes, pero plenamente disfrutable por cualquier tipo de lector. / **YEXUS**

